

Dr. Jacques Moreillon
Miembro de la Dirección del Comité
Internacional de la Cruz Roja
Director de Asuntos Generales

Este seminario –como el anterior de hace dos años– surgió de la voluntad conjunta del Instituto Interamericano de Derechos Humanos y del Comité Internacional de la Cruz Roja de buscar algunos criterios comunes, aceptables para todas las tendencias políticas de la zona, criterios que puedan garantizar la dignidad humana en las situaciones en que está más amenazada.

Creo que, en parte, ganamos esta apuesta en el último seminario, que tuvo lugar en una atmósfera de mutuo respeto –a veces, incluso, de fraternidad– entre los participantes de todas las opiniones; descubrieron, a medida que transcurrían las horas y los días, que lo que les unía era quizás tan importante como lo que les separaba: un ideal común para un mejor porvenir del hombre, para la paz mediante la justicia, para el orden mediante el respeto de la persona. Es cierto que los medios para lograr este ideal son más que divergentes; de hecho, son hasta motivo de guerra. Pero observamos que en lo más encarnizado de estos conflictos armados, hay ciertas normas que cada uno quisiera que se cumpliesen: el respeto del enemigo caído, de la mujer, del niño, del herido, en pocas

palabras, el respeto de la víctima sin defensa, que potencialmente es cada uno de nosotros.

De todo esto hablaremos detenidamente en los próximos días; por lo tanto, quisiera concentrarme hoy en un tema que quizás el tiempo no nos permita desarrollar durante nuestros debates. Considero que este discurso inaugural es no solamente la única oportunidad de tratar este tema en forma un tanto detallada, sino una manera de marcar la tónica de nuestros debates, aunque no pretende influir en la sustancia de los mismos.

Quisiera yo hablar del cometido de la Cruz Roja como factor de paz en el mundo.

Por supuesto, percibo ya las reacciones en unos y en otros. Conozco las preguntas que se plantean, tanto aquí como en otras partes.

¿Será en serio o porque está de moda? Se habla mucho de lo que la Cruz Roja puede hacer, o no, hoy en pro de la paz. Unos son escépticos: “¡Este no es el cometido de la Cruz Roja! Dejémoslo para la ONU”. Otros, más positivos: “¡Después de todo, hay que tratar de hacer algo! No podemos limitarnos eternamente a curar a los heridos”. La mayoría se plantea interrogantes: “Y, aunque quisiéramos, ¿qué puede realmente hacer la Cruz Roja en pro de la paz?”

Estas preguntas, reconozcámoslo, nos las hacemos cada uno de nosotros, aquí mismo, en este preciso momento, incluso otras,... con inquietud o con esperanza.

Para poder ver claro en el debate, hay que admitir, primeramente, que existe “paz” y “paz”. Para la Cruz Roja, la paz no es solamente la ausencia de guerra. No es la paz de los cementerios ni de la ocupación extranjera ni de la dictadura interna. ¿Cuántas regiones del mundo son “pacíficas” porque están bajo un poder absoluto (extranjero o nacional) que oprime a las personas y viola los derechos humanos más elementales? Para muchos, esta “paz” es peor que muchas guerras y, por lo demás, esta es la causa de que tantos hombres y mujeres se rebelen y opten por la violencia y hasta por la

guerra para sacudirse esas cadenas. Esta "paz", que es el fruto de la agresión, de la ocupación, del chantaje militar o de la dictadura, no puede ser la paz a la que la Cruz Roja pretende contribuir.

Además, cada uno tiene su obsesión: si para unos es la amenaza nuclear, para otros ésta resulta muy irreal ante el hambre que padecen sus pueblos. Así como la guerra es el resultado de un complicado y largo proceso (las guerras "no estallan" por casualidad: sus causas son innumerables y a veces milenarias), la verdadera paz es también el resultado de un proceso complejo, al que la Cruz Roja puede contribuir de una forma modesta pero real.

Este proceso dinámico incluye varios factores, como: el respeto de los derechos humanos y el de la soberanía nacional (a veces contradictorio), una equitativa repartición de los recursos y la solución pacífica de las controversias de conformidad con la primacía del derecho, y no de la fuerza. La Cruz Roja, no puede, claro está, pensar en contribuir a *todos* estos factores que constituyen la paz: el precio del café, el derecho a formar sindicatos o la elección de los medios de defensa no son, en realidad, asuntos que incumben a la Cruz Roja. Pero hay *otros* elementos de este proceso dinámico hacia un espíritu de paz al que contribuimos todos los días. Lo ilustran dos ejemplos de la labor del CICR:

El CICR obtuvo en Irán los nombres de 45.000 prisioneros de guerra de los probables 55.000 cautivos. Pero además de los 10.000 nombres aún desconocidos, hay quizás unos 400.000 desaparecidos presuntamente muertos. Dicho esto, mientras no se disponga de la lista *completa* de personas con vida, no podremos saber quiénes han muerto. Lo que significa que cerca de 400.000 familias, o sea varios millones de personas, vivirán en el drama de la ignorancia mientras se desconozcan esos 10.000 nombres. Además del problema humanitario que ello supone, ¿se evalúa la *tensión política* que implica? ¿Se evalúa la presión sobre las autoridades cuando de 5 a 10 millones de personas se ven directa y personalmente afectadas por un problema humanitario de esta índole?

Y si logramos resolver este problema, registrar los nombres de estos 10.000 prisioneros de guerra, ¿evaluamos la influencia *pacificadora* que ello puede tener en los ánimos? ¡Es considerable! Y sería, indudablemente, una contribución —indirecta, naturalmente, pero concreta— a la paz en la región.

En el Líbano, más de una docena de facciones busca soluciones pacíficas a sus problemas políticos, religiosos, sociales, étnicos... y me quedo corto. Piensen ustedes en las personas que se reúnen para intentar resolver sus problemas. Imagínenlas dialogando mientras se descubre que acaban de matar al sobrino de una o al tío de otra o que el CICR acaba de salvarles la vida. Es obvio que este diálogo (se trata, no obstante, de problemas objetivos) estará cargado de una emotividad y de una subjetividad mucho más positiva o negativa, según el CICR haya podido, o no, proteger al tío o al sobrino. Esta es también una contribución indirecta, modesta, pero concreta de la Cruz Roja a un espíritu de paz, y por ende a la paz.

Podríamos mencionar muchos otros ejemplos; uno de la acción de la Liga y de las Sociedades Nacionales: piensen ustedes en el adolescente del Tercer Mundo víctima de un terremoto, que pierde todo y se encuentra en una tienda de campaña de la Cruz Roja sueca, atendido por un médico francés, imaginen la profunda impresión que esta experiencia, muestra de solidaridad internacional, dejará en su mente de futuro adulto, por consiguiente de futuro responsable.

De hecho, la contribución de la Cruz Roja a la paz es, esencialmente, muy sencilla: no se trata tanto de hacer *otra cosa*, sino más bien de seguir haciendo lo mismo pero con *otra disposición*, con una *nueva dimensión mental*: conscientes de que todo acto humanitario contribuye a fortalecer el espíritu de paz donde quiera que actuemos. Saber que el gesto de la Cruz Roja es un elemento concreto del amplio proceso dinámico que logrará llevar la humanidad a una paz verdadera.

Quizás tengamos excesiva tendencia a eludir esta comprobación tan sencilla, a ignorar su importancia, tal vez in-

conscientemente; mientras que en la región se habla de “humanizar la guerra” (que no es otra cosa que el derecho humanitario resumido en tres palabras), ¿nos percatamos hasta qué punto estamos en realidad preparando la paz? Como dije, no la paz de los cementerios o del terror, sino la paz verdadera, con la que cada uno podrá identificarse, como cada uno se habrá podido identificar con las normas esenciales de la humanidad en el combate. Esperemos que esta región sepa dar a la historia una viva demostración de la hermosa divisa de la Cruz Roja “Per humanitatem ad pacem”.